

MARIE BENEDICT

EL OTRO EINSTEIN

Traducción de Andrea Rivas

Diseño de portada: Oliver Barrón
Fotografía de la autora: © Anthony Musmanno

Título original: *The Other Einstein*

© 2016, Marie Benedict
Traducido por: Andrea Rivas

Publicado por acuerdo con The Laura Dail Literary Agency and
International Editors' Co Barcelona

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: septiembre de 2018
ISBN: 978-607-07-5219-3

Primera edición impresa en México: septiembre de 2018
ISBN: 978-607-07-5222-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Foli de México, S.A. de C.V.
Negra Modelo No. 4, Bodega A, Col. Cervecería Modelo, C.P. 53330
Naucalpan de Juárez, Estado de México.
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

Para Jim, Jack y Ben

PRÓLOGO

*4 de agosto de 1948
62 Huttenstrasse
Zúrich, Suiza*

El fin está cerca. Lo siento aproximarse como una oscura, seductora sombra que hará extinguirse lo que queda de mi luz. En estos últimos minutos, miro atrás.

¿Cómo perdí mi camino? ¿Cómo perdí a Lieserl?

La oscuridad se apresura. En los pocos momentos que me quedan, como una arqueóloga meticulosa, excavo en el pasado en busca de respuestas. Espero aprender, como sugerí hace tanto tiempo, si el tiempo es verdaderamente relativo.

Mileva «Mitza» Marić Einstein

PRIMERA PARTE

Todo cuerpo permanece en estado de reposo o de movimiento uniforme en línea recta a menos que sea obligado a cambiar su estado por fuerzas impresas sobre él.

Sir Isaac Newton

Capítulo 1

Mañana

20 de octubre, 1896

Zúrich, Suiza

Alisé las arrugas de mi blusa recién planchada, arreglé el lazo alrededor de mi cuello y acomodé un mechón de cabello en el moño firmemente apretado. La húmeda caminata por las calles brumosas hacia el campus del Politécnico Federal Suizo había descompuesto mi cuidadoso arreglo. Me frustraba que mi oscuro y pesado cabello se negaba a mantenerse en su lugar. Quería que cada detalle de aquel día fuera perfecto.

Enderecé los hombros intentando verme más alta y coloqué una mano sobre la enorme perilla de latón del salón de clases. Grabada con patrones griegos, gastados por el paso de las generaciones, la perilla hizo ver aún más pequeña mi mano de tamaño infantil. Hice una pausa. *Gira la perilla y empuja la puerta, me dije. Puedes hacerlo. Cruzar el umbral no es nada nuevo. Has pasado antes sobre la supuesta división insuperable entre hombres y mujeres en innumerales salones. Y siempre has tenido éxito.*

Aun así, dudé. Sabía muy bien que, mientras el primer paso es el más difícil, el segundo no resulta más fácil. En aquel momento casi podía escuchar a papá apremiándome. «Sé valiente», susurraría papá en nuestra nativa y poco usada lengua serbia. «Eres *mudra glava*. Una sabia. En tu corazón late la sangre de bandidos, nuestros

ancestros eslavos que recurrían a cualquier medio para cumplir su cometido. Cumple tu cometido, Mitza. Cumple tu cometido».

No podría decepcionarlo.

Giré la perilla y la puerta se abrió de par en par. Seis rostros me miraron: cinco estudiantes con trajes negros y un profesor con levita negra. Detecté impresión y desdén en sus caras pálidas. Nada —ni siquiera los rumores— había preparado a estos hombres para ver a una mujer entre sus filas. Casi se veían tontos con sus ojos saltones y mandíbulas desencajadas, pero sabía que no me podía atrever a reír. Me propuse no poner atención a sus expresiones, ignorar las caras pastosas de mis compañeros estudiantes, quienes estaban desesperados por parecer mayores de dieciocho años con sus bigotes exageradamente encerados.

El amor por aprender física y matemáticas fue lo que me hizo venir al Politécnico, no el deseo de hacer amigos o complacer a los demás. Me recordé a mí misma este simple hecho mientras me preparaba para encarar a mi instructor.

El profesor Heinrich Martin Weber y yo nos miramos. Su larga nariz, sus espesas cejas y su barba meticulosamente recortada hacían justicia a su amplia reputación de profesor de física.

Esperé a que hablara. Hacer cualquier otra cosa habría parecido una insolencia y no podía permitirme una marca semejante, ya que mi mera presencia en el Politécnico era considerada por muchos como un desafío. Caminaba sobre una delgada línea entre mi insistencia por seguir este sendero nunca antes andado y el conformismo que se esperaba de mí.

—¿Y tú eres...? —preguntó como si no me estuviera esperando, como si nunca hubiera oído de mí.

—Señorita Mileva Marić, señor —Rogué que mi voz no temblara.

Lentamente, Weber consultó la lista de la clase. Por supuesto, sabía perfectamente quién era yo. Debido a que él era el director del programa de física y matemáticas, y dado a que sólo cuatro mu-

eres habían sido admitidas antes de mí, tuve que hacer una petición directamente a él para entrar al primer año del programa de cuatro años, conocido como Sección Seis. ¡El personalmente había aprobado mi entrada! La consulta de la lista de clase era un descarado y calculador movimiento, telegrafando su opinión sobre mí al resto de la clase. Les dio licencia para seguir el ejemplo.

—¿La señorita Marić de Serbia o algún país austrohúngaro de ese estilo? —preguntó sin levantar la mirada, como si fuera posible que hubiese otra señorita Marić en la Sección Seis, una que proviniera de un lugar más respetable. Con su pregunta, Weber dejó perfectamente clara su visión respecto al este eslavo de Europa, que nosotros, como oscuros foráneos, éramos de algún modo inferiores a las personas alemanas de Suiza. Era otra preconcepción que tendría que refutar si quería tener éxito. Como si ser la única mujer en la Sección Seis (tan sólo la quinta en haber sido *alguna vez* admitida en el programa de física y matemáticas) no fuese suficiente.

—Sí, señor.

—Puedes tomar tu asiento —dijo finalmente e hizo un gesto hacia la silla vacía. Y fue mi suerte que la única vacía era la más lejana a su podio—. Ya hemos empezado.

¿Empezado? La clase no empezaba sino hasta dentro de otros quince minutos. ¿Le habían dicho a mis compañeros algo que a mí no? ¿Habían conspirado para encontrarse antes? Quería preguntar, pero no lo hice. Discutir sólo habría alimentado el fuego contra mí. De cualquier manera, no importaba. Simplemente llegaría quince minutos antes al día siguiente. Y cada vez más temprano de ser necesario. No me perdería una sola palabra de las lecciones de Weber. Estaba equivocado si él pensaba que un inicio prematuro me disuadiría. Era la hija de mi padre.

Asintiendo a Weber, miré el largo camino desde la puerta hasta mi silla; deshabituada, calculé el número de pasos que me tomaría para cruzar el cuarto. ¿Cómo sería mejor manejar la distancia? Con mi primer paso, intenté mantener la postura y esconder mi

cojera, pero el arrastre de mi pie cojo hizo eco a través del salón. En un impulso, decidí no enmascararlo en lo más mínimo. Lo mostré plenamente para que todos mis colegas vieran la deformidad que me ha marcado desde que nací.

Golpear y arrastrar. Una y otra vez. Dieciocho veces hasta que alcancé mi silla. *Aquí estoy, caballeros*, sentí que decía con cada arrastre de mi pie cojo. *Echen un vistazo; supérenlo*.

Sudando por el esfuerzo, me percaté de que la clase se hallaba en completo silencio. Estaban esperando a que me sentara, y quizás avergonzados por mi cojera o mi sexo o ambos, mantenían los ojos apartados.

Todos excepto uno.

A mi derecha, un hombre joven con una desordenada mata de rizos café oscuro me observaba. Inusualmente, me encontré con su mirada. Pero incluso cuando lo miré con la cabeza alta, retándolo a burlarse de mi esfuerzo, sus ojos entrecerrados no se apartaron. En su lugar, se formaron pequeñas arrugas en las esquinas del rostro mientras sonrió a través de la oscura sombra de su bigote, mostrando una mueca de gran desconcierto, incluso de admiración.

¿Quién creía que era? ¿Qué significaba aquella mirada?

No tenía tiempo de darle sentido mientras tomaba asiento. Alcanzando mi bolsa, saqué papel, tinta y una pluma, alistándome para la lección de Weber. No dejaría que la atrevida, despreocupada mirada de un compañero privilegiado me confundiera. Vi de frente al profesor, aún consciente de la observación de mi compañero sobre mí, pero actué como si no lo viera.

Weber, sin embargo, no era tan resuelto. Ni indulgente. Mirando al hombre joven, el profesor aclaró su garganta, y cuando él no redirigió sus ojos hacia el podio, dijo «Tendré la atención de toda la clase. Esta es su primera y última advertencia, señor Einstein».

Capítulo 2

Tarde

20 de octubre de 1896

Zúrich, Suiza

Al entrar al vestíbulo de la pensión Engelbrecht, cerré la puerta silenciosamente tras de mí y le di el paraguas empapado a la sirvienta. Llegaron risas hasta la entrada, provenientes de la sala. Sabía que las chicas me esperaban ahí, pero aún no me sentía con ánimos para un bien intencionado interrogatorio. Necesitaba un tiempo sola para pensar sobre mi día, incluso si eran únicamente unos pocos minutos. Tomándome tiempo para pisar suavemente, empecé a subir las escaleras hacia mi habitación.

Crack. Maldito sea ese escalón suelto.

Con faldas grises ondeando tras ella, Helene emergió de la sala con una humeante taza de té en la mano. «Mileva, ¿te estamos esperando! ¿Lo habías olvidado?» Con su mano libre, Helene tomó la mía y me llevó hasta la sala pequeña, la cual llamábamos entre nosotras «el cuarto de juegos». Nos sentíamos con derecho a nombrarlo, ya que nadie más lo usaba.

Reí. ¿Cómo lo habría logrado durante los últimos meses en Zúrich sin estas chicas? Milana, Ružica, y sobre todo Helene, una hermana espiritual con agudo ingenio, modales amables y, muy extrañamente, un cojeo similar. ¿Por qué había dejado pasar incluso un solo día sin tenerlas dentro de mi vida?

Hace muchos años, cuando papá y yo llegamos a Zúrich, yo no podía haber imaginado amistades como estas. Mi juventud, marcada por mis compañeros de escuela, —alienación en el mejor de los casos, burlas en el peor— significaba una vida de soledad y conocimiento. O eso pensaba.

Bajando del tren luego de un viaje a empujones de dos días desde nuestro hogar en Zagreb, Croacia, papá y yo estábamos un poco temblorosos. El humo del tren ondeaba por toda la estación de trenes de Zúrich, y yo tenía que esquivar a la gente para hacer mi camino en la plataforma. Con un *satchel* en cada mano, uno muy pesado con mis libros favoritos, me tambaleé un poco mientras caminaba por la concurrida estación, seguida por papá y un portero llevando nuestras bolsas. Papá se apresuró a mi lado, intentando ayudarme con uno de mis *satchels*.

—Papá, yo puedo hacerlo —insistía mientras intentaba liberar mi mano de la suya—. Tienes tus propias maletas que cargar y sólo tienes dos manos.

—Mitza, por favor déjame ayudarte. Puedo aguantar con facilidad una maleta más que tú —rio—. Sin mencionar que tu madre estaría horrorizada si te dejo peleando con tantas maletas por toda la estación de Zúrich.

Bajando mi maleta, intenté extraer mi mano de la suya

—Papá, tengo que poder hacer esto sola. Voy a vivir sola en Zúrich, después de todo.

Me miró por un largo momento como si la realidad de mí viviendo en Zúrich acabara de registrarse en su mente, como si no hubiésemos trabajado por esta meta desde que era una niña pequeña. Reticente, dedo a dedo, liberó nuestras manos. Esto fue difícil para él; eso lo entiendo. Mientras sé que parte de papá disfrutaba mi búsqueda por una educación particular, mi escalada le recordaba su propio trabajo duro para ascender desde que era campesino hasta lograr ser un exitoso burócrata y propietario de tierras, a veces me pregunto si se sentía culpable por impulsarme

en mi precario camino. Se había enfocado durante tanto tiempo en el premio de mi educación universitaria, que adivino que nunca vislumbró decirme adiós realmente y dejarme en este lugar extranjero.

Salimos de la estación y nos detuvimos en las ajetreadas calles de Zúrich. La noche comenzaba a caer, pero la ciudad no estaba oscura. Me encontré con la mirada de papá, y sonreímos asombrados; sólo habíamos visto una ciudad encendida por el usual brillo turbio de las lámparas de aceite. Luces eléctricas iluminaban las calles de Zúrich, y eran inesperadamente brillantes. Bajo su brillo, podía ver los detalles más finos en los vestidos de las damas que pasaban a nuestro lado; sus movimientos eran más elaborados que los de los retraídos estilos que he visto en Zagreb.

Los caballos de un carruaje de alquiler galoparon sobre los guijarros de la estación donde estábamos, y papá los llamó. Mientras el chofer desmontaba para cargar nuestro equipaje en la parte trasera del coche, me envolví en mi chal buscando calor en el aire frío de la tarde. La noche antes de partir, mamá me regaló el chal con rosas bordadas, con lágrimas pendiendo en las esquinas de sus ojos, pero nunca cayendo. Sólo más tarde comprendí que el chal era como su abrazo de despedida, algo que podía mantener conmigo, ya que ella tendría que quedarse en Zagreb con mi hermana pequeña Zorka y, mi hermano pequeño, Miloš.

Interrumpiendo mis pensamientos, el chofer preguntó:

—¿Están aquí para ver los monumentos?

—No —respondió papá con un acento apenas perceptible. Siempre había estado orgulloso de su alemán sin errores gramaticales, la lengua hablada por aquellos con poder en Austro-Hungría. Era el primer paso que dio para iniciar su escalada, solía decir cuando nos incitaba a practicarla. Hinchando ligeramente su pecho dijo—: estamos aquí para inscribir a mi hija en la universidad.

Las cejas del chofer se levantaron con sorpresa, pero mantuvo su opinión en privado.

—Universidad, ¿eh? Entonces supongo que querrán la pensión Engelbrecht o alguna de las otras pensiones de Plattenstrasse —dijo mientras sostenía abierta la puerta del carro para que entráramos.

Papá hizo una pausa mientras esperaba a que yo me acomodara y luego le preguntó al conductor:

—¿Cómo sabe nuestro destino?

—Ahí es a donde llevo a muchos de los estudiantes del este de Europa para alojarse.

Escuchando a papá gruñir como respuesta mientras se deslizaba a mi lado, me di cuenta de que no sabía cómo interpretar aquel comentario. ¿Era un insulto a nuestra herencia del este? Se nos había dicho que, a pesar de que habían mantenido firmemente su independencia y neutralidad frente al despiadado imperio europeo que los rodeaba, los suizos miraban hacia abajo a cualquiera procedente de los alcances del Imperio austrohúngaro. Y así con todo, los suizos eran las personas más tolerantes de otras maneras; ellos tenían las admisiones a universidades más indulgentes con las mujeres, por ejemplo. Era una confusa contradicción.

Apuntando a los caballos, el conductor hizo sonar la fusta en el aire y el coche avanzó con un ritmo constante, camino abajo en la calle de Zúrich. Esforzándome por mirar a través de la ventana manchada de barro, vi un tranvía eléctrico zumbando cerca del coche.

—¿Viste eso, papá? —pregunté. Había leído sobre tranvías pero nunca había visto uno de primera mano. Su visión me llenó de regocijo; era prueba tangible de que la ciudad tenía un pensamiento avanzado, al menos en cuanto a transportes. Sólo podía esperar que la forma en que los ciudadanos trataran a las estudiantes fuera tan avanzada para concordar con los rumores que había escuchado.

—No lo vi, pero lo escuché. Y lo sentí —respondió papá con calma, dando un apretón a mi mano. Sabía que estaba emociona-

do, pero quería parecer sofisticado. Especialmente luego del comentario del chofer.

Me giré para abrir la ventana. Escarpadas y verdes montañas enmarcaban la ciudad, y juro que pude oler hojas perennes en el aire. Seguramente las montañas eran demasiado distantes como para compartir la fragancia de sus abundantes árboles. Sin importar la fuente, el aire de Zúrich era, por mucho, más fresco que el de Zagreb, siempre oliendo a caballo y cultivos quemados. Quizá la esencia venía del aire fresco volando desde el lago de Zúrich que bordeaba el lado sur de la ciudad.

En la distancia, en lo que parecía ser la base de las montañas, vislumbré edificaciones amarillo pálido, construidas con estilo neoclásico, acomodadas como telón de fondo a las agujas de las iglesias. Los edificios eran notablemente parecidos a los bocetos del Politécnico que había visto en mis papeles de solicitud, pero mucho más grandes e imponentes de lo que los había imaginado. El Politécnico era una nueva suerte de colegio dedicado a producir maestros y profesores para varias disciplinas científicas o matemáticas, y era una de las pocas universidades en Europa que concedía grados a las mujeres. Aunque durante años soñé con poco más, era difícil asimilar que en pocos meses estaría por fin asistiendo al Politécnico.

El coche se detuvo bruscamente. La ventanilla del conductor se abrió, y este anunció nuestro destino: «Plattenstrasse 50». Papá le dio algunos francos a través de la ventanilla, y se abrió la puerta hacia la calle.

Mientras el conductor bajaba nuestro equipaje, un sirviente de la pensión Engelbrecht se apresuró hacia la puerta principal y bajó los escalones de la entrada para ayudarnos con el equipaje de mano. Entre las hermosas columnas que enmarcaban la puerta de la casa de cuatro pisos de ladrillo, surgió una atractiva y elegantemente vestida pareja.

—¿Señor Marić? —preguntó el caballero, de mayor edad y tamaño.

—Sí, y usted debe ser el señor Engelbrecht —respondió mi padre con una ligera reverencia y un apretón de manos. Mientras los hombres intercambiaban saludos, la ágil señora Engelbrecht bajó las escaleras para acompañarme al interior del edificio.

Una vez terminadas las formalidades, los Engelbrecht nos invitaron a papá y a mí a tomar el té y los pastelillos que habían sido dispuestos en nuestro honor. Mientras seguíamos a los Engelbrecht desde la entrada hasta la sala, vi a papá dirigiendo una mirada aprobatoria al candelabro de cristal que colgaba frente al salón principal y que hacía juego con los apliques de la pared. Casi podía escucharlo decir: «*Este lugar es suficientemente respetable para mi Mitza*».

Para mí, la pensión parecía antiséptica y exageradamente formal comparada con mi casa; los olores de la madera, el polvo y la comida condimentada de casa habían sido limpiados. A pesar de que los serbios aspirábamos al orden alemán adoptado por los suizos, vi desde entonces que nuestros intentos apenas rozaban los parámetros suizos de limpieza y perfección.

Durante el té, los pasteles y algunas bromas, y bajo el persistente cuestionamiento de papá, los Engelbrecht nos explicaron el funcionamiento de su pensión: los horarios establecidos para las comidas, visitas, el aseo de la ropa y la habitación. Papá, que anteriormente había sido militar, inquirió sobre la seguridad de los inquilinos, y sus hombros se relajaron con cada respuesta favorable y con cada evaluación que hacía al elegante tapiz azul de las paredes y las ornamentadas sillas grabadas que estaban reunidas alrededor de la gran chimenea de mármol. Sin embargo, sus hombros nunca se relajaron por completo; papá quería una educación universitaria para mí casi tanto como yo misma la deseaba, pero la realidad de la despedida fue mucho más difícil para él de lo que yo hubiera podido imaginar.

Mientras daba sorbos a mi té, escuché risas. Risas de chicas.

La señora Engelbrecht notó mi reacción.

—Ah, has escuchado a nuestras jóvenes damas en un juego de naipes. ¿Puedo presentarte a nuestras otras jóvenes huéspedes?

¿Otras jóvenes huéspedes? Asentí, aunque desesperadamente quería agitar mi cabeza para decir que no. Mis experiencias con otras mujeres de mi edad generalmente terminaban mal. Las cosas en común entre ellas y yo eran pocas, en el mejor de los casos. En los peores, había sufrido degradación y maldad a manos de mis compañeros de clases, tanto hombres como mujeres, especialmente cuando se enteraban del espectro de mis ambiciones.

Aun así, las normas de cortesía exigían que nos levantáramos, y la señora Engelbrecht nos guio a través del salón hacia una habitación más pequeña, diferente en decoración: candelabro y adornos en latón en vez de cristal, paneles de roble en vez del tapiz azul en las paredes, y una mesa de juego en el centro. Mientras entramos, creí haber escuchado la palabra *krpiti* y miré hacia papá, que se veía igualmente sorprendido. Era una palabra en serbio que usábamos cuando nos sentíamos decepcionados o estábamos perdiendo, y me pregunté quién podría estar utilizando aquella palabra. Seguramente habíamos escuchado mal.

Alrededor de la mesa estaban sentadas tres chicas, todas más o menos de mi edad, con cabello oscuro y cejas pobladas, no muy distintas a las mías. Incluso vestían de manera muy similar con rígidas y blancas blusas con lazos a la altura del cuello y simples faldas oscuras. Vestimentas serias, no como aquellos vestidos con volantes, elegantemente decorados de color amarillo limón o rosa, usados por muchas mujeres jóvenes, como las que había visto en las calles cercanas a la estación.

Levantando las miradas de su juego, las chicas rápidamente colocaron las cartas boca abajo y esperaron a ser presentadas.

—Señoritas Ružica Dražić, Milana Bota y Helene Kaufler, me gustaría presentarles a nuestra nueva huésped. Ella es la señorita Mileva Marić —mientras hacíamos inclinaciones de cabeza, la señora Engelbrecht continuó—: la señorita Marić está aquí para

estudiar matemáticas y física en el Politécnico Federal Suizo. Aquí tendrá buena compañía, señorita Marić.

La señora Engelbrecht hizo un gesto primero hacia una joven con pómulos amplios, una gran sonrisa y ojos color bronce.

—La señorita Dražić vino de Šabac para estudiar ciencias políticas en la Universidad de Zúrich.

Girando hacia la siguiente chica con el cabello más oscuro y las cejas más pobladas de todas, la señora Engelbrecht dijo:

—Ella es la señorita Bota. Dejó Kruševac para estudiar psicología en el Politécnico, al igual que usted.

Colocando su mano en el hombro de la última joven, una con un halo de suave cabello castaño y afables ojos azul grisáceo enmarcados por unas cejas caídas, la señora Engelbrecht dijo:

—Y ella es nuestra señorita Kaufler, quien viajó todo el trayecto desde Viena para obtener su grado en historia, también en el Politécnico.

No sabía qué decir. ¿Compañeras universitarias del este austro-húngaro como yo misma? No había soñado nunca que no sería la única. En Zagreb, cada chica cercana a la edad de los veinte años estaba casada o alistándose para su matrimonio, conociendo algún hombre adecuado y practicando la forma de llevar una casa en la casa de sus padres. Sus educaciones habían sido frenadas años antes, si es que alguna vez habían asistido formalmente a alguna escuela. Siempre había pensado que sería la única mujer proveniente del este europeo estudiando en un mundo de hombres occidentales. Quizá la única mujer en todo eso.

La señora Engelbrecht miró a cada una de las chicas y dijo:

—Las dejamos con sus naipes, señoritas, mientras terminamos con nuestra conversación. ¿Puedo esperar que muestren Zúrich a la señorita Marić mañana?

—Por supuesto, señora Englebrecht —respondió la señorita Kaufler por todas las chicas con una sonrisa cálida—. Quizás a la señorita Marić le gustaría acompañarnos en nuestro juego de *whist*

mañana por la tarde. Definitivamente tenemos lugar para una cuarta.

La sonrisa de la señorita Kaufler parecía genuina y me sentí atraída por la cálida escena. Instintivamente, sonreí de vuelta, pero luego me detuve. *Ten cuidado, me aconsejé. Recuerda la bestialidad de las otras jóvenes: los insultos, los apodos, las patadas en el patio de juegos. El programa de matemáticas y física del Politécnico te trajo aquí para que pudieras perseguir el sueño de convertirte en una de las poquísimas profesoras de física en Europa. No viajaste toda esta distancia sólo para hacer unas pocas amigas, incluso si estas chicas son en realidad lo que parecen.*

Mientras caminábamos de vuelta al salón principal, papá entrelazó su brazo con el mío y susurró:

—Parecen jóvenes agradables, Mitza. Deben ser inteligentes también, si es que están aquí para estudiar en la universidad. Sería el momento oportuno para encontrar una o dos compañeras femeninas, ya que finalmente hemos hallado unas pocas que podrían ser tus iguales intelectualmente. Alguna afortunada muchacha debería poder compartir esas pequeñas bromas que usualmente guardas para mí.

Su voz sonaba extrañamente esperanzada, como si en realidad estuviera ansioso porque me acercara a las chicas que acabábamos de conocer. ¿Qué estaba diciendo papá? Estaba confundida. Luego de tantos años profesando que los amigos no importaban, que un esposo era dispensable, que sólo nuestra familia y educación contaban, ¿estaba haciéndome alguna especie de prueba? Yo quería mostrarle que los deseos usuales en una mujer joven —amigos, esposo, hijos— no eran importantes para mí, como siempre. Quería pasar esta extraña inspección con los más altos honores, tal y como había hecho en todos mis otros exámenes.

—Papá, te prometo que estoy aquí para aprender, no para hacer amigos —dije asintiendo con firmeza. Esperaba que esto le asegurara que el destino que él había predicho para mí, incluso desea-

do, tantos años atrás, se había convertido en el destino que yo misma había abrazado.

Pero papá no estaba emocionado con mi respuesta. De hecho, su rostro se oscureció con tristeza, o enojo, no podía decir cuál. ¿No había sido suficientemente empática? ¿Su mensaje en verdad estaba cambiando debido a que estas mujeres eran tan distintas a todas las otras que habíamos conocido?

Estuvo inusualmente callado por un minuto. Finalmente, con una nota abatida en su voz, dijo:

—Esperaba que pudieras tener ambos.

Las semanas que siguieron a la partida de papá, evité a las jóvenes, manteniéndome sola en mi habitación y con mis libros. Pero los horarios de los Englebrecht indicaban que cenara con ellas a diario, y la cortesía requería que yo conversara durante el desayuno y la cena. Con frecuencia me suplicaban que las acompañara en sus caminatas, lecturas, visitas a cafés, al teatro y conciertos. Amablemente me llamaron la atención por estar siempre tan seria, tan callada y estudiosa, y continuaron invitándome sin importar con cuánta frecuencia las rechazara. Tenían una persistencia que no había visto en ningún lugar además de mí misma.

Una tarde durante ese verano, estaba estudiando en mi habitación, preparándome para los cursos que iniciarían en octubre, como ya era mi costumbre. Mi chal especial estaba enredado sobre mis hombros para protegerme del frío endémico de la pensión que permanecía siempre ahí, sin importar el clima. Analizaba un texto cuando escuché a las chicas tocando bastante mal una versión de *L'Arlésienne Suits* de Bizet, pero con sentimiento. Conocía bien la pieza, solía tocarla con mi familia. La música familiar me hizo sentir melancólica y aislada, en vez de sola. Miré hacia mi solitaria y polvosa tamburica en la esquina, la tomé y bajé las escaleras. De pie en la entrada al salón principal, vi cómo las chicas batallaban con la canción.

Mientras me recargaba sobre la pared, con la tamburica en mano, repentinamente me sentí tonta. ¿Por qué esperaba que me

aceptaran luego de que rechacé tantas veces sus invitaciones? Quería correr escaleras arriba pero Helene notó mi presencia y dejó de tocar.

Con su calidez característica me preguntó:

—¿Nos acompañaría, señorita Marić? —miró con exasperación hacia Ružica y Milana— Como puede ver, podríamos hacer uso de cualquier tipo de asistencia musical que pueda ofrecernos.

Dije que sí. En pocos días, las chicas me catapultaron hacia una vida que no había experimentado nunca antes. Una vida con amigas de mentes similares a la mía. Papá había estado equivocado al igual que yo. Los amigos sí importaban. Amigas como estas, en todo caso, con inteligencias fieras y ambiciones similares, que habían sufrido el mismo tipo de ridículos y condenas y habían sobrevivido, sonriendo.

Estas amigas no me quitaron mi resolución para triunfar como había temido. Me hicieron más fuerte.

Ahora, meses después, me desplomaba en una silla vacía mientras Ružica me servía una taza de té. El olor del limón voló hacia mí, y con una mueca de autocomplacencia, Milana me deslizó un plato con mi pastel favorito de limón; las chicas debieron haberlo pedido especialmente para mí a la señora Engelbrecht. Un gesto especial para un día especial.

—Gracias.

Sorbimos el té y comimos un poco de pastel. Las chicas estaban inusualmente calladas, aunque pude ver por sus caras y las miradas que se lanzaban, que les costaba trabajo. Esperaban a que yo hablara primero, que ofreciera algo más que mi agradecimiento por las golosinas.

Pero Ružica, la más entusiasta, no podía esperar. Tenía la más abundante persistencia y muy poca paciencia, así que simplemente saltó con una pregunta. «¿Cómo estuvo el infame profesor We-

ber?» cuestionó, con el cejo fruncido en una graciosa interpretación del profesor, bien conocido por el formidable estilo de su clase y su también formidable brillantez.

—Como se cuenta —respondí con un suspiro y otro bocado de pastel; era una gloriosa mezcla de dulce y ácido. Limpié las migajas de las comisuras de mis labios y expliqué—: insistió en consultar su lista antes de dejar que me sentara en su clase. Como si no supiera que estaba inscrita en su programa, ¡pero si él personalmente me admitió!

Las chicas cuchichearon, asintiendo.

—Y luego hizo toda una indagación porque provengo de Serbia.

Las chicas dejaron de reír. Ružica y Milana habían experimentado humillaciones similares, ya que venían desde el Imperio austrohúngaro. Incluso Helene, que era de la región más aceptable de Austria, había sufrido degradaciones de parte de sus profesores del Politécnico, porque era judía.

—Suena como mi primer día en la clase del profesor Herzog —dijo Helene y asintió.

Habíamos escuchado la historia de mortificación de Helene a detalle. Luego de haber remarcado en voz alta que el apellido de Helene sonaba judío, el profesor Herzog gastó una parte sustancial de su primera clase de historia italiana enfocándose en los *ghettos* de Venecia donde los judíos eran forzados a vivir durante los siglos XVI al XVII. Ninguna de nosotras pensaba que el énfasis del profesor fuera coincidencia.

—No es suficiente que seamos sólo unas pocas mujeres en un mar de hombres. Los profesores tienen que evidenciar algunas faltas y resaltar otras diferencias —dijo Ružica.

—¿Cómo son los otros estudiantes? —preguntó Milana en un claro intento por cambiar el rumbo de la plática.

—Lo usual —respondí. Las chicas se quejaron en solidaridad.

—¿Presumidos? —preguntó Milana.

—*Check* —dije.

—¿Con mucho bigote? —sugirió Ružica con una risita.

—*Check*.

—¿Con exceso de confianza? —propuso Helene.

—Doble *check*.

—¿Alguna hostilidad muy evidente? —aventuró a preguntar Helene, su voz más solemne y precavida. Era muy protectora, una especie de madre para el grupo. Especialmente para mí. Desde que le había contado lo que me ocurrió en mi primer día de clases en Zagreb, en la Preparatoria Real Clásica, una historia que no había compartido con nadie, Helene era extremadamente cuidadosa conmigo. Mientras que ninguna de las otras había experimentado tal violencia, todas habían sentido la amenaza hirviendo bajo la superficie en una u otra ocasión.

—No, aún no.

—Esas son buenas noticias —exclamó Ružica, siempre optimista. La acusábamos de crear rayos de luz en las tormentas más oscuras. Ella decía que era un panorama necesario para nosotras y nos recomendaba hacer lo mismo.

—¿Percibiste algún aliado? —Milana cautelosamente se adentró a un territorio más estratégico. El currículo de física exigía colaboración entre los estudiantes en ciertos proyectos, y habíamos discutido varias estrategias al respecto. ¿Qué pasaría si nadie estaba dispuesto a ser mi compañero?

—No —respondí automáticamente. Pero hice una pausa, intentando seguir el consejo de Ružica y pensar con más optimismo—. Bueno, tal vez. Había un estudiante que me sonrió, quizás incluso demasiado, pero aun así, era una sonrisa auténtica. No de burla. Einstein, creo que así se llamaba.

Las espesas cejas de Helene se alzaron con preocupación. Estaba siempre alerta para las propuestas románticas no buscadas. Pensaba que eran casi tan peligrosas como la violencia. Poniendo su mano sobre la mía me advirtió: «ten cuidado».

La mirada de preocupación de Helene se sobrepuso, remplazada por una sonrisa.

Constantemente me sorprendía a mí misma con estas chicas. Me sorprendía de tener palabras para expresar mis largas y aburridas historias. De que les permitía ver quién era en realidad. Y de que me aceptaran, a pesar de todo.